

¿Alabanzas a Juan XXIII o Críticas a la Iglesia?

Carlos Benavides, S. J.

La última encíclica de Juan XXIII, "*Pacem in terris*" fue recibida con gran alborozo en todo el mundo comunista. Como dijo la revista *Time* (Abril 19, 1963), sin esperar órdenes directas de Moscú, los líderes del partido comunista en Italia, Bélgica y Francia alabaron el tono pacífico de la encíclica "*Pacem in terris*". El periódico comunista polaco "*Zicic Warszawy*" la ha llamado la encíclica de la "coexistencia pacífica".

Tan lejos han debido ir las alabanzas comunistas, que la misma Radio Vaticana se ha visto obligada a decir que los comunistas están olvidando el punto nuclear de la encíclica, que es la dignidad del ser humano, sus derechos y sus deberes. El mismo Juan XXIII, al final de su encíclica, bien claramente señala los pilares sobre los que debe asentarse la verdadera paz. Citamos textualmente:

"Pero la paz será una palabra vacía, si no está fundada sobre aquel orden que Nos, movidos de confiada esperanza, hemos esbozado en sus líneas generales en esta nuestra encíclica: la paz ha de estar fundada sobre la "verdad", construida con las normas de la "justicia", vivificada e integrada por la "caridad" y realizada en fin con la "libertad". Es esta empresa tan gloriosa y excelsa, que las fuerzas humanas, por más que estén animadas de la buena voluntad más laudable, no pueden por sí solas llevarlas a efecto. Para que la sociedad humana refleje lo más posible la semejanza del reino de Dios, es de todo punto necesario el auxilio del cielo".

—oOo—

I.—¿ALABANZAS COMUNISTAS?

Comenzamos dudando de la buena voluntad de los comunistas. En efecto: sus alabanzas a Juan XXIII, más que de sincero afecto a la venerada persona del Pontífice actual, suenan a críticas de la Iglesia y de su doctrina tradicional. Parecen indicar como que las palabras de Juan XXIII son el primer paso hacia la paz que ha dado la Iglesia. Y esto se pone más de manifiesto, si tenemos en cuenta que Radio Moscú, comentando el mensaje navideño de Pío XII en 1956 —cuando todavía rezumaban sangre inocente las piedras de Budapest— acusó al Papa de "tomar postura contra la idea de coexisten-

cia pacífica y de la lucha común por la paz", y "haber dado su bendición a una guerra preventiva". En su propaganda política, los comunistas no han cesado de acusar a la Iglesia de espíritu bélico. Y ahora cambian. Parece como que quieren mostrar al mundo que la Iglesia Católica ha entrado ya por el recto camino y hasta no dudarán en presentar a Juan XXIII y a Nikita Kruschev cogidos de la mano como ángeles tutelares de la paz. Pero, como siempre, los comunistas mienten. La Iglesia Católica siempre ha sido contraria a las guerras, aunque reconozca, en teoría, la posibilidad de una guerra justa y aun necesaria. La guerra, para la Iglesia, siempre ha tenido un contenido moral y no solamente económico y político, como para los comunistas. Pío XII, que tanto luchó para prevenir la guerra y que tanto luchó para restaurar la paz una vez perdida, se quejaba de la falta de responsabilidad de quienes sólo veían en la guerra un medio político o económico. En el mensaje navideño de 1954, "*Ecce ego*" sobre la coexistencia —que los comunistas o no han leído o han olvidado— tratando de asentar la verdadera paz sobre el temor de Dios, decía bien claramente:

"Trasladado el problema a este plano más elevado y únicamente digno de seres racionales, ha reaparecido claro lo absurdo de la doctrina que ha imperado en las escuelas políticas en los últimos decenios; esto es, que la guerra es una de tantas formas admitidas en la acción política, el desenlace necesario, casi natural, de las incurables discusiones entre dos países; y que, por consiguiente, la guerra es un hecho ajeno a toda responsabilidad moral. Absurdo e inadmisible ha aparecido igualmente el principio, aceptado también durante largo tiempo, según el cual el gobernante que declara una guerra incurriría solamente en un error político si ésta se perdiese; pero no podría en ningún caso ser acusado de culpa moral y de delito, por no haber conservado, cuando se podía, la paz" ("*Documentos políticos*", BAC, 1028).

Repetimos, para que quede bien claro, que la Iglesia es contraria a la guerra y que si no ha tenido una postura más benévola hacia el comunismo, no ha sido porque la Iglesia no lo haya intentado —como mostraremos más adelante—, sino porque el comunismo no quiso

aceptar las verdaderas bases, que son las mismas que indica Juan XXIII: verdad, justicia, caridad y libertad.

¿Se dirá que se ha operado un cambio en el comunismo y que ahora es más fácil el acercamiento? Puede ser, pero lo dudamos mucho. Veámoslo fríamente.

El "Informe Secreto" de Nikita Krushev, en el XX Congreso del Partido, en 1956, pareció ser el primer paso hacia un rumbo nuevo. Los ataques a los crímenes y al culto de la personalidad de Stalin, infundieron esperanzas en el mundo occidental. El período de desestalinización culminó en el XXII Congreso, en noviembre de 1961. Pero en realidad poco ha cambiado. El aplastamiento de Hungría y de las revueltas en la Alemania Oriental, Polonia y otras partes, pusieron bien de manifiesto que Rusia no cede en su política exterior de dominio mundial, aunque para ello tenga que usar de métodos sangrientos e inhumanos.

En la política interior, es verdad que se ha atacado a Stalin, pero continúa el stalinismo. Según estudiosos de la política rusa, el stalinismo está contenido principalmente en siete puntos específicos:

1. El stalinismo significa la abolición de la NPE (Nueva Política Económica), y la abolición persiste hasta nuestros días.

2. Significa la colectivización forzada, hecho que subsiste en nuestros días.

3. Significa el desarrollo de la industria militar-estratégica en detrimento del desarrollo de la industria ligera, situación que se mantiene en nuestros días.

4. Significa la creciente preponderancia del aparato del Estado-policíaco sobre el pueblo, y la preponderancia del Partido sobre el gobierno, hechos que permanecen inmutables en nuestros días.

5. Significa las depuraciones permanentes, depuraciones que siguen ocurriendo hoy, aunque ahora sin efusión de sangre (en seguida diremos por qué, y mostraremos que tampoco la sangre falta).

6. Significa la "vigilancia" policíaca, el "partidismo" comunista y la arbitrariedad ideológica de los organismos rectores (el "realismo socialista") en la vida espiritual del país; todo ello existe en nuestro tiempo.

7. Significa el imperialismo ideocrático, nacional en apariencia e internacional por sus miras, que persiste en nuestra época.

Si Nikita no es —ni con mucho— tan sanguinario como Stalin, es porque no ha logrado el poder omnímodo de que disfrutó Stalin y porque los partidarios del difunto dictador, tanto interiores como exteriores, son más poderosos de lo que se quiere hacer creer. Pero cuando está seguro, tampoco vacila en derramar sangre según el modelo staliniano. La sería revista "Este y Oeste", en su número 17 de la edición es-

pañola (1-30 marzo 1963), cita a los siguientes fusilados por Nikita Krushev: "23 de diciembre de 1953: V. Merkoulou, miembro suplente del Comité Central, ministro de Control del Estado. V. Dekanozov, director de una sección de la NKVD, ministro del interior de Georgia. S. Gogldze, miembro suplente del Comité Central, jefe de una sección del ministerio del interior. P. Y. Mechik, antiguo director de sección de la NKVD. V. G. Kaboulev, miembro suplente del Comité Central, ministro adjunto de asuntos interiores de la URSS. L. E. Vlodzimirski, antiguo director de la sección de encuestas del Ministerio del Interior; 2 de julio de 1954: Rioumine, ministro adjunto del interior; 24 de diciembre de 1954: V. S. Abakoumov, antiguo Ministro de Seguridad del Estado. A. G. Kamarov, antiguo jefe de los Servicios de Instrucción de la MGB. M. T. Likhatchev, antiguo jefe de los Servicios de Instrucción de la MGB; 16 de abril de 1956: M. A. Bagulrov, miembro del Comité Central, presidente del Consejo de Azerbaidjan. T. M. Borchev, H. I. Grigorlan, y R. A. Markharlan, los tres antiguos ministros de la República de Azerbaidjan".

Como muestra, basta esto. Podrían sumarse también los que han sido "asesinados" en su intento de atravesar el vergonzoso muro de Berlín, símbolo palpable y elocuente de cómo se respeta la libertad en el comunismo.

Juan XXIII exige que sea la verdad uno de los pilares que sostengan la coexistencia. Y cuando la crisis cubana, en octubre del año pasado, hubo un Gobierno (el de EE. UU.), sin duda por primera vez en la Historia, que acusó con verdad a otro Gobierno, el de Rusia, de mentira y falsedad.

Y sobre la mentira, el cinismo. Quien haya leído el Discurso-Resumen del camarada Nikita Krushev, en el XXIII Congreso, no tiene que buscar más pruebas. Vamos a citar un caso. Como se sabe, Nikita Krushev no sólo va contra Stalin, sino también contra los colaboradores de Stalin, como éste había ido contra los colaboradores de Lenin. En la jerga del comunismo, se les llama los "antipartido". Nikita quiere ahora rehabilitar a las antiguas víctimas de Stalin, y según nos dice el mismo Krushev en ese discurso:

"...Preguntamos a Molotov, Kaganovitch y Vorochilov:

—¿Estáis de acuerdo con que se les rehabilita?

—Sí, estamos de acuerdo: respondieron.

—Pero si fuisteis vosotros mismos quienes los ejecutasteis, dijimos con indignación. ¿Cuándo actuasteis en conciencia: entonces o ahora?" ("El Camino hacia el Comunismo", Documentos del XXII Congreso del PCUS, Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú 1961, p. 373).

Nosotros, a nuestra vez, no podemos menos de preguntarnos: también con indignación: ¿Y dónde estaba Nikita Krushev entonces? ¿No era él entonces de la camarilla de Stalin, y compañero de Molotov, Kaganovich y Vorochilov? ¿No fue Krushev uno de los mejores colaboradores de Stalin en las terribles purgas de los años 30? ¿No afirmó el mismo Krushev, en una reunión del Partido Comunista, en Kiev, que aunque había liquidado a muchos enemigos del comunismo, no podía darse momento de descanso hasta que no hubiera acabado con todos ellos? ¿Cuándo actuaba "en conciencia", entonces o ahora?

Pero todavía resalta más su cinismo en el modo como enfoca el problema de la coexistencia, que ahora nos preocupa. El año 1957 fue el año en que Nikita Krushev más propugnó la "coexistencia pacífica". ¿Era porque había renunciado a sus ideas imperialistas? El mismo líder comunista nos dice para qué quiere él la coexistencia, en un discurso tenido ante un auditorio ruso:

"Pero naturalmente —dijo entonces— debemos comprender que no podemos coexistir eternamente. Uno de nosotros ha de bajar a la tumba. Nosotros no queremos bajar a la tumba. Las potencias occidentales tampoco quieren bajar a la tumba. ¿Qué hay que hacer, pues? Debemos empujarlos hacia la tumba". (cf. "Trade with Soviet Russia", Soviet Economic Challenge: Proceedings of the National Military-Industrial Conference, p. 19).

Si los rusos no ofrecen garantías, usarán para eso la coexistencia: para llevarnos a la tumba.

II.—CRÍTICAS A LA IGLESIA.

Dijimos al principio que las alabanzas comunistas a la encíclica "Pacem in terris" sonaban a críticas de la Iglesia, como si ésta nunca hubiera hecho nada por un legítimo acercamiento.

Pescindiendo de documentos pontificios anteriores, vamos a fijarnos únicamente en algunos casos prácticos.

El intento de acercamiento se remonta a la misma revolución rusa de abril de 1917. Benedicto XV nombró obispo de Mohilev, a Monseñor Eduardo Van der Ropp, quien fue nombrado miembro de la Duma o parlamento, y entabló conversaciones con el Gobierno liberal de Kerensky. Cuando los comunistas, después de haber sido derrotados en las elecciones (en las únicas elecciones libres que ha habido en Rusia; de los treinta millones de votantes, los comunistas obtuvieron escasamente nueve millones), tomaron el poder por la fuerza, el obispo Van der Ropp fue encarcelado y condenado a

muerte. Gracias a las gestiones de Aquiles Ratti, que más tarde fue Pío XI y que entonces era Visitador Apostólico de Polonia, Lituania, Estonia, Letonia y Rusia, pudo salvar la vida. Esta fue la primera respuesta rusa a un intento de acercamiento.

No mucho después el Ministro de Asuntos Exteriores ruso, Chicherin, invitó a Mons. Aquiles Ratti a que se trasladara a Rusia. Como el futuro Papa pidiera las siguientes garantías: libertad para dialogar con todos los Obispos católicos, inviolabilidad de la valija diplomática, y la seguridad para poder entrar y salir de territorio ruso cuando lo creyera oportuno, el gobierno rojo ni contestó.

En 1920, Mons. Van der Ropp, desde Berlín intentó llevar a cabo unas negociaciones con el fin de conseguir garantías para la libertad de conciencia, de culto y de educación religiosa (cosas que deben estar garantizadas en toda "coexistencia"), y para que fueran devueltos a la Iglesia los bienes que le habían sido confiscados. Los rusos no accedieron a nada de esto.

En 1922, Mons. Pizzardo pide en Génova a las potencias occidentales que no reconozcan al Gobierno soviético, mientras éste no garantice la libertad de conciencia, la enseñanza de la religión y la devolución de los bienes de la Iglesia. Fracasa la gestión por culpa de Inglaterra.

En 1924, Litvinov, ministro soviético de asuntos exteriores, visita en Berlín al nuncio Mons. Pacelli (más tarde Pío XII), para intentar llegar a un modus vivendi. Pero no quiere acceder a que los católicos tengan escuelas propias y a que sacerdotes polacos sean profesores en los seminarios. Las gestiones fracasan y la reacción rusa fue acrecentar la persecución de los católicos.

En 1930, en el XVI Congreso del Partido Comunista, el Papa fue acusado por Stalin de organizar "una cruzada clerical contra la URSS". Un año más tarde, Molotov, entonces jefe del gobierno, acusa falsamente a los sacerdotes católicos de espionaje.

Es verdad que desde la muerte de Stalin —y no creo pecar de suspicaz si afirmo que se debió a razones de orden práctico y estratégico— se ha suavizado algo la conducta soviética en su fachada exterior, pero el interior continúa lo mismo. Así por ejemplo, mientras Radio Moscú, en sus programas para el exterior, acogía con tono esperanzador el primer radiomensaje de Juan XXIII, en el interior de Rusia se mantenía la persecución religiosa. Y los periódicos Pravda, Literaturnaya Gazeta, Komsomolskaya Pravda, Kommunisty y Tiempos Nuevos continuaban atacando el "colonialismo del Vaticano y la doctrina social de la Iglesia". Y los mismos pasos

seguida la "Revista del Patriarcado de Moscú", que en 1960 publicó un artículo de su redactor jefe, Chichkin, en torno al "Vaticano y la lucha por la amistad de los pueblos". Se acusaba a la Iglesia Católica de no practicar los principios del amor cristiano y de continuar una política "reaccionaria agresiva".

Los estudiosos de la política soviética saben muy bien que a Rusia no le conviene hoy día la guerra. La crisis cubana, cuando Kennedy pareció ser enérgico, lo puso bien de manifiesto. En caso de una guerra, Rusia tendría que enfrentarse no solamente con las potencias occidentales, sino también con los países satélites, que sólo a la fuerza aguantan la bota bolchevique. Además, el mundo comunista no es la unidad monolítica de que tanto les gusta alardear. China y Albania han abierto grandes grietas. En la pasada guerra, la idea comunista no sirvió a los rusos para luchar contra Alemania. Ejércitos enteros se pasaron a los alemanes y lucharon contra el comunismo. La falta de tacto del supremo mando alemán, los desmanes que cometieron las tropas germanas contra el pueblo ruso, que excitaron el patriotismo —no el comunismo— de éste, y la ayuda de las potencias occidentales, cuya falta de visión se puso bien de relieve en las conferencias de Potsdam y Teherán, fueron las causas de la sobrevivencia del comunismo en Rusia.

Naturalmente una guerra moderna nadie la puede ni la debe querer. Y puesto el mundo en las terribles circunstancias actuales, habrá muchos que piensen que un "modus vivendi" sea la única solución. No me meto a discutir esto. Pero sí creo que para un "modus vivendi" hay que tener garantías. Garantías exigió Mons. Ratti; garantías exigieron también Mons. Van der Ropp y Mons. Pacelli, según vimos más arriba. Y no bastan las garantías "verbales", porque sería absurdo, ingenuo y suicida fiarse de palabras de quienes internacionalmente han sido convencidos de mentirosos. Si Rusia quiere sinceramente la convivencia, que empiece por dar la libertad a sus "colonias". Ellas no quieren estar bajo el dominio de Rusia. La revolución húngara lo puso bien claro. Al fin y al cabo, aquella no fue una revolución anticomunista, sino antirrusa. Que supriman ese vergonzoso muro de Berlín y dejen a los hombres el derecho de vivir donde quieran o donde puedan.

Y puesto que con tanto alborozo han recibido la encíclica papal, que muestren su buena voluntad concediendo a la Iglesia los derechos que deben tener. No puede comenzar la coexistencia en el estado en que nos encontramos. No hay derecho a hablar de coexistencia y que siga el estado de cosas en los países satélites. No

hay derecho a que, por ejemplo, en Letonia, con un 25% de población católica, y en Lituania, con un 80% de su población católica, continúe con la mayoría de los templos cerrados, o se cobre —a los pocos que quedan abiertos al culto— impuestos según la tarifa que rige para los lugares de recreo; o que se cobre el matrimonio católico cien veces más de lo que cuesta el matrimonio civil; o que se imponga a los sacerdotes, además de los impuestos habituales, el impuesto también de "soltería", y al mismo tiempo no se les permita tener participación ninguna en los seguros sociales. No hay derecho a que se mantengan cerrados casi todos los seminarios, o se obligue a llevar una vida que es casi muerte a los pocos que quedan, para que la religión vaya muriendo poco a poco. No hay derecho a que se prohíban las organizaciones sociales católicas o incorporen las juventudes católicas a las filas de los Komsomol, como han hecho en Checoslovaquia y Hungría, países de mayoría aplastante de católicos. Ni hay derecho a que las escuelas y hogares de huérfanos, que se encontraban bajo la dependencia de la Iglesia, hayan sido retirados de la potestad de la misma, como ha sucedido en Polonia. Y podría continuar la lista mucho más.

¿O es que los comunistas quieren la coexistencia para poder ellos vivir y actuar en los países democráticos, al paso que niegan los más elementales derechos a los hombres de otras ideologías que viven —si eso puede llamarse vida— en los países comunistas?

Para que la coexistencia sea posible, tiene que estar fundamentada en los pilares que señala el Papa. Sin verdad, sin justicia, sin caridad y sin libertad, es imposible la coexistencia.

Y acabo con las palabras finales de la "Pax in terris":

Pídamos, pues, con instantes súplicas al Divino Redentor, esta paz que El mismo nos trajo. Que él borre de los hombres todo lo que puede poner en peligro esta paz y transforme a todos en testigos de la verdad, de la justicia y del amor fraterno. Que El ilumine con su luz la mente de los que gobiernan las naciones, para que junto al bienestar y prosperidad convenientes procuren también a sus concludadanos el don magnífico de la paz. Que Cristo, finalmente, encienda las voluntades de todos para echar por tierra las barreras que dividen a los unos de los otros, para estrechar los vínculos de la mutua caridad, para fomentar la mutua comprensión, en fin, para perdonar los agravios. Así, bajo su acción y amparo, todos los pueblos se aúnen como hermanos y florezca entre ellos y reine siempre la anhelada paz".